

Raúl Quesada

Leer*

Para Daniel

“...la imposibilidad de leer no debe tomarse tan a la ligera”

PAUL DE MAN.

UNA PREGUNTA censal universalmente aceptada: ¿Sabe usted leer y escribir? y una escueta respuesta: Si/no, suelen ser los parámetros con los que se mide el analfabetismo de una nación. Sin embargo, no tenemos que ser cabalistas para pensar que nuestro desconocimiento o lejanía del alfabeto es una cuestión un tanto más complicada que lo que dejan entrever los parámetros establecidos por un censo o por los criterios de lecto/escritura que suelen dictar los ministerios de educación.

No deja de ser paradójico, pero también ejemplar, que un siglo que se ha caracterizado por su reflexión lingüística y por la proliferación de medios de comunicación parezca ser tan incapaz de leer en la pregunta “¿sabe usted leer y escribir?” una complejidad que rebase a la pedagogía de la educación primaria. Por otro lado, si uno piensa en el tiempo que le tomó a la cultura occidental hacer del lenguaje un tema central de reflexión, tal vez sea más fácil entender que hay ciertas

* Conferencia leída en el Primer Congreso Nacional sobre Lenguaje y Educación Superior. Agradezco a Noé Jitrik sus generosas observaciones.

actividades humanas que precisamente por ser tan básicas tendemos a ignorar. En su sentido más amplio, hablar, leer y escribir son actos tan fundamentales y fundantes que las más de las veces han sido transparentes a la mirada teórica.

En general, esta transparencia sólo ha sido perturbada históricamente en función de la dificultad de adquisición de uno de estos tres dones. El infinitamente complejo fenómeno de hablar es, qué duda cabe, un regalo divino, lo aprendemos sin ningún esfuerzo y nos convierte, si no en criaturas de Dios, cuando menos en criaturas del Lenguaje. Leer y escribir son otra cosa; conllevan un aprendizaje explícito, un esfuerzo y también una creatividad que rebasa la capacidad de entender y construir oraciones más o menos gramaticales.

De estas dos actividades —leer y escribir— escribir es la menos transparente precisamente porque la escritura muy rápidamente se convierte en un conocimiento especializado, se convierte en un oficio; escribir, se ha dicho tantas veces, es un arte. La lectura, por otro lado parece quedar en el medio; no es tan generalizada como el habla ni tan especializada como la escritura. Y, sin embargo, nos da acceso a esa invención maravillosa que es el libro que, como dice Borges, es una extensión secular de la imaginación y la memoria del hombre. Leer, en otras y pobres palabras, nos abre los ojos a una de las formas del infinito —la biblioteca— donde mejor se reflejará nuestra finitud, pero también nuestra humanidad, que se vestirá con los ricos —o humildes— ropajes de nuestras lecturas.

La lectura, entonces, puede llegar a ser una actividad mucho menos transparente de lo que normalmente se admite al formular criterios estadísticos o pedagógicos; en ella se juega algo más que el ya bastante extraordinario fenómeno de pasar los ojos a lo largo de unas formas que, bajo cualquier criterio naturalista, serían totalmente informes; en la lectura se juega la mirada con la que contemplamos el mundo. El acto de lectura es, entre otras cosas, un acto que responde a nuestra nece-

sidad de comprender el mundo que nos rodea, a nuestra necesidad de poder recibir un mensaje preñado de sabiduría. Aunque la sabiduría, ya lo insinuó Sócrates, pueda estar, a su vez, preñada de ignorancia.

Cuando los que sabían leer eran pocos y los libros menos, esta necesidad de comprensión fue poco a poco conformando una tradición de interpretación; la lectura de los textos bíblicos —las Santas Escrituras— se empezó a ver necesitada, por un lado, de una labor de hermenéutica que estableciera su significado y, por otro, de una labor filológica que estableciera su pureza textual.

Hacia el siglo XIX estas dos tareas —la filológica y la hermenéutica— se extendieron al establecimiento y comentario de los textos de la cultura clásica y ya en este siglo han alcanzado a los textos literarios en general para culminar, en nuestros días, con la canonización de algunos productos de la cultura popular o de masas. Ya hay quien nos señale que Humphrey Bogart nunca dice "*play it again, Sam*" en *Casablanca* y Roland Barthes se ha encargado de ayudarnos a leer mejor las revistas de modas y a acudir con otros ojos a la lucha libre.

Ahora bien, entre los sacros laberintos de la interpretación bíblica y los vastos territorios de los textos prosaicos, están los no menos laberínticos y no menos vastos campos de la producción literaria; y es en relación con ellos que quisiera señalar algunos problemas de lectura y comprensión.

Ya dijimos que la tradición de interpretación de textos literarios es relativamente reciente. Para abordar los temas que me interesan quisiera hacer la siguiente esquematización —casi caricatura— de esta tradición. Esta caricatura tiene tres cuadros; el primero es el del crítico que inquiere sobre el significado de una obra —todavía no se le llamaba texto— siguiendo los lineamientos de la pregunta ¿qué es lo que quiso decir su autor? El crítico es entonces esa persona que por sus conocimientos, inteligencia y sensibilidad puede aclararnos cómo se han materializado las intenciones de un autor en una

obra literaria. En esta tarea, el conocimiento que se tenga de la biografía del escritor será fundamental, ya que nos ofrecerá la posibilidad de conocer aquellos avatares de su vida que moldearon su personalidad psicológica y literaria.

El siguiente cuadro, como se sabe o se puede imaginar, es el cuestionamiento del primero, pero antes de pasar a él quisiera abrir una pequeña viñeta entre los dos; en esta viñeta está Proust meditando sobre lo apresurado del salto que estamos dando entre estos dos paradigmas de crítica. Con la sutileza e inteligencia que lo caracterizaron, Proust fue consciente de los problemas de una crítica intencionalista, pero a diferencia de las críticas posteriores, no optó por la muerte del autor; después de todo él era y es miembro distinguido del club. Lo que hizo Proust fue distinguir entre la personalidad groseramente psicológica del autor y su personalidad literaria. El problema entonces no es que hablemos de personalidad sino que no distingamos entre la personalidad del hombre y la personalidad del escritor. Para Proust el hombre y el escritor comparten, como el Doctor Jekyll y Mr. Hide, un cuerpo, pero son dos personas distintas y, por lo tanto, no podemos usar los parámetros de la una para acercarnos a la otra.¹

Dicho esto podemos cerrar la viñeta y volver al segundo cuadro. En él tenemos a dos críticos, uno es un crítico estructuralista francés y el otro un neo-crítico americano. Tal vez no tengan casi nada en común; el primero tiene en su familia a afamados y muy técnicos lingüistas, mientras que el segundo proviene de una familia de humanistas ingleses; uno estudió en París, el otro probablemente en Cambridge, etcétera. Sin embargo hay algo que les es común: ambos creen que la crítica debe centrarse y asentarse en la obra misma —el texto, dirán los franceses— y no en su autor y sus intenciones. Los neo-críticos harán popular la falacia natu-

¹ Cf. Marcel Proust, *Contre Sainte-Beuve*, prefacio de Bernard de Fallois. París: Gallimard, 1973.

ralista —confundir lo que se quiso decir con lo que de hecho se dice— y los estructuralistas, más dramáticamente, declararán la muerte del autor. El texto quedará huérfano, pero lo que se enfatizará de esta orfandad es la autonomía, la independencia de una paternidad no sólo autoral sino hasta histórica y cultural. Las formas que toma esta sincronía son bastante diversas, sin embargo podríamos decir que tanto la Nueva Crítica americana como el estructuralismo ponen de manifiesto un afán de cientificidad que tiene como punto de partida la caracterización de un objeto de estudio claramente delimitado. Las diferencias, sobre todo metodológicas, provienen de los antecedentes familiares que ya mencionamos; los estructuralistas contaban con una rica herencia metodológica que casi les garantizaba la falta de preocupaciones teóricas por el resto de sus vidas, no se imaginaban los *cracks* que puede generar la especulación; los neo-críticos, por otro lado, tuvieron que partir del pequeño capital del tío Richards y trabajar largas jornadas de *close reading* para empezar a acumular un patrimonio teórico que permitiera que su vástago —el objeto estético— llegara a la universidad.

El tercer cuadro que viene a completar este burdo tríptico está ocupado por una figura que empieza a gozar de cierta popularidad y que es la del crítico que toma como punto de partida la lectura. Esto obviamente no quiere decir que los críticos anteriores no empezaran por leer los textos que pensaban analizar —recuérdese el énfasis que la Nueva Crítica ponía en una lectura detenida y cuidadosa—, lo que quiere decir es que el acto de leer y las nociones de lectura y recepción vendrán a ocupar el lugar central que en su momento ocuparon las nociones de autor y de texto en la interpretación del fenómeno literario. Como en el cuadro anterior tendremos básicamente dos versiones de este crítico, una europea, la asociada con la llamada “estética de la recepción” y una americana encabezada por Stanley Fish. También, como en el caso anterior, las diferencias son marcadas y tienen que ver con relaciones más

o menos familiares o tradicionales por no decir paternas. Los críticos americanos no pueden dejar de establecer su posición con referencia a la Nueva Crítica así como los críticos alemanes no pueden ignorar la tradición filológica y filosófica que les precedió. Su semejanza más notoria, además del ya mencionado énfasis en la lectura, es cierta familiaridad con la lingüística y con el proyecto semiótico a que ésta dio lugar.

Establecido este pequeño tríptico como punto de referencia, tal vez podríamos empezar a entrar en materia haciéndonos algunas preguntas; en primer lugar por qué este interés y énfasis en la lectura. La respuesta a esta pregunta es más compleja que lo que aparenta y está sumamente diversificada. Epecemos con una respuesta muy simple que dijera algo así como: en el fenómeno literario hay al menos tres elementos de los que no podemos prescindir: el autor, que genera un texto; el texto, que va a ser objeto de consideración, y el sujeto que va a entrar en contacto con ese objeto a través de una lectura. Es por lo tanto natural que en el desarrollo del examen del fenómeno literario haya llegado la hora de la lectura o del lector.²

Una respuesta menos simplista podría, aceptando el carácter trinitario del fenómeno literario, destacar que la labor del crítico, aun cuando cometa la falacia intencional, tiene que ver con la interpretación de un texto. Por lo tanto —se podría argüir— en el momento en que se pone en crisis la noción de autor, el único apoyo o substrato del texto en cuestión tendrá que estar constituido por otros textos. Pero, puesto que la variedad

² Esto no quiere decir que la preocupación por la lectura sea estrictamente reciente o que no haya antecedentes críticos, sino que en la explicación del “fenómeno literario” la lectura goza ahora de una autonomía y un privilegio teórico que sólo habían sido vislumbrados. Véase, por ejemplo, el libro de José María Castellet *La hora del lector*, Barcelona, Seix Barral, 1957, y la referencia que allí se hace a otros textos, especialmente a *Qué es literatura* de J. P. Sartre.

Entre nosotros, Noé Jitrik se ha preocupado por más de diez años por la lectura como un acto a la vez vital y cultural. Véase sus libros *La lectura como actividad*, México, Premiá, 1984, y *Lectura y cultura*, México, UNAM, 1990, pp. 21-22.

de estos textos puede ser bastante considerable, la identidad y unidad del texto examinado quedaría cuestionada. Aquí es donde entra el tercer elemento: la lectura y el lector se constituyen como la fuente de la identidad perdida en la multiplicidad textual, esa identidad que antes se sostenía en la intención del autor. Esta es la posición que asume Ronald Barthes cuando pasa de la intertextualidad a la lectura.

“Sabemos ahora que el texto no es una línea de palabras que nos entregue un único significado ‘teológico’ (el mensaje de un autor-Dios) sino un espacio multidimensional en el que una variedad de escrituras, ninguna de ellas original, se mezclan y chocan. El texto es un tejido de citas sacadas de innumerables centros de cultura”. Sin embargo, nos dice un poco más adelante, “hay un lugar donde esta multiplicidad se enfoca y ese lugar es el lector, no, como se solía decir, el autor. El lector es el espacio en el que se inscriben todas las citas que conforman una escritura. La unidad del texto yace no en su origen sino en su destino.³ ¿Quién es este lector, este destinatario de un conjunto de citas que con su lectura las unificará, las convertirá en un texto? Aquí las respuestas se multiplican, casi en la misma medida en que se multiplican las críticas interesadas por la lectura. Para Wolfgang Iser, por ejemplo, el “lector implicado” es una estructura textual que incorpora “aquellas predisposiciones para que la obra literaria ejerza sus efectos”; para Gerald Prince, es aquel a quien se dirige el autor pero que hay que distinguir del lector ideal que el autor pudo concebir o imaginar. Para Roland Barthes, el lector es un producto de códigos, una organización de estereotipos entre los que podemos distinguir al menos cuatro grupos en relación con el placer que les puede causar un texto: el fetichista, que corta el texto y parcela las citas, que goza con las palabras; el

³ Roland Barthes, *Image, Music, Text*, selección de ensayos y traducción de Stephan Heath. New York; Hill and Wong, 1977, pp. 146-148. Citado por Jonathan Culler en *Roland Barthes*. New York; Oxford University Press, 1983.

obsesivo, que goza con la voluptuosidad de la letra y que incluye a los lingüistas y filólogos; el paranoíco, que se especializa en textos sofisticados y complejos; y el histérico, que se arroja, más que proyectarse, en el texto.⁴

En estas primeras aproximaciones podemos ver ya conformados dos momentos característicos de la preocupación por la lectura; en primer lugar encontramos un cuestionamiento de la autonomía del texto, que tiene más de una fuente pero que, como ya vimos, puede localizarse en los Estados Unidos como una reacción en contra de los afanes teóricos de la Nueva Crítica y en Francia como un efecto de la reflexión acerca de la presuposición y la intertextualidad. Este cuestionamiento abre las puertas al problema de la unidad e identidad del texto. El segundo momento estaría constituido por el examen de una actividad —la lectura— y de una figura —el lector— en cuyos hombros descansaría ahora la unidad del texto. Estos dos momentos, podríamos agregar, ya estaban esbozados en el proyecto estructuralista, no sólo por la relación, señalada por Barthes, entre la muerte del autor y el nacimiento del lector, sino por la caracterización saussuriana de la semiología. Se puede concebir, elucubró Saussure, “una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social; formará parte de la psicología social y, consecuentemente, de la psicología general; la llamaremos semiología (del griego *semeion*; signo). Ella nos enseñaría en qué consisten los signos, qué leyes los rigen. Puesto que todavía no existe no puede decirse lo que será, pero tiene derecho a la existencia, su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es sino una parte de esta ciencia general, las leyes que descubra la semiología serán aplicables a la lingüística, y, de este modo, ésta se encontrará vinculada a un ámbito bien definido en el conjunto de los hechos humanos”.⁵

⁴ Cf. Roland Barthes, *El placer del texto*. México, FCE, 1974.

⁵ Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique générale*, edición crítica de Tullio de Mauro. París: Payot, 1978, p. 33.

Si en esta caracterización hacemos hincapié en la primera frase, no tardaremos en señalar que la lectura es uno de los lugares paradigmáticos en el que los signos adquieren vida. Pero, como sabemos, lo que ha enfatizado la lectura ortodoxa de Saussure es el estudio de las leyes que rigen los signos y no la vida que estos signos puedan llevar al margen de estas leyes; consecuentemente y en términos muy generales podríamos decir que la reflexión sobre la lectura tendrá que elegir entre seguir los lineamientos de una ortodoxia más o menos saussuriana, esto es, considerar a la lectura como un proyecto básicamente semiótico o pensar en la lectura como una puerta hacia una disciplina que todavía no sabemos bien a bien qué aspecto tendrá.

Esta dicotomía puede parecer, en el mejor de los casos, un tanto exagerada, y en el peor, completamente falaz. Veamos pues si la podemos hacer un poco más plausible con un par de ejemplos.

Empecemos con quien tal vez sea el crítico más distinguido de la estética de la recepción: Hans Robert Jauss. Como es sabido, el interés de Jauss, por la recepción de un texto está relacionado con su interés por la historia de la literatura y por su rechazo a una posición esencialista en relación con la literatura. Para Jauss no podemos estudiar la historia de la literatura sin atender a las expectativas que en un determinado momento y lugar caracterizan al receptor de una obra literaria. De aquí el uso de la noción de un “horizonte de expectativas”, que usualmente se relaciona con Karl Popper pero que, curiosamente, también se puede vincular con Husserl. Culler, por ejemplo, hablando de las fuentes teóricas de Jauss, cita el siguiente párrafo de Popper:

... en todo momento de nuestro desarrollo científico o precientífico poseemos algo a lo que usualmente me refiero como un “horizonte de expectativas” ... En cualquier caso el horizonte de expectativas juega el papel de un marco de referencia, sin el cual las expe-

riencias, las observaciones, etcétera, no tendrían significado alguno.⁶

Así, una de las tareas básicas de un historiador de la literatura sería precisamente describir el horizonte de expectativas de los lectores de una época determinada; este horizonte sería el marco de referencia que le diera sentido a la lectura y, a través de la lectura, al texto mismo.

Lo interesante, para los efectos de este ejemplo, es el carácter objetivo y lingüístico que Jauss le atribuye a la tarea de describir el horizonte de expectativas. Dice Jauss:

El proceso psíquico de la recepción de un texto en el horizonte primario de experiencia estética, no es de ninguna manera sólo una sucesión azarosa de meras impresiones subjetivas, sino la ejecución de ciertas guías en un proceso de percepción dirigida que se puede comprender a partir de las motivaciones que la constituyen y de las señales que la suscitan y que se puede describir lingüísticamente.⁷

En relación a la alternativa de qué camino seguir en la reflexión sobre la lectura, podríamos decir que, en términos generales y un tanto superficiales, el proyecto de la estética de la recepción sería un proyecto de análisis semiótico del fenómeno de la recepción estética.

Digo un tanto superficiales porque, como ha señalado Paul de Man (en su introducción a la traducción inglesa del libro de Jauss *Hacia una estética de la recep-*

⁶ Jonathan Culler, *The Pursuit of Signs; Semiotics, Literature, Deconstruction*. Ithaca, New York: Cornell University Press, 1981, p. 54. La fuente de Culler es Karl Popper, "Naturgesetze und Theoretische Systeme" en *Theorie und Realität*, Hans Alber (Ed.). Tubingen: Mohn, 1972, p. 49.

⁷ Hans Robert Jauss, "Literary History as a Challenge to Literary Theory" en *New Directions in Literary History*, Ralph Cohen (Ed.). Baltimore: Johns Hopkins University Press 1974, p. 13 Citado por Culler en *The Pursuit of Signs*, p. 54.

ción) en el proyecto de la escuela de Konstanz se mezclan tres enfoques cuya relación todavía está por determinarse: el enfoque de la poética, el de la hermenéutica y el de la lectura. Ver el proyecto de la estética de la recepción bajo un lineamiento más o menos semiótico dependerá, en una buena medida, del privilegio que se le pudiera otorgar a cada uno de estos puntos de vista.

Por otro lado, en la labor de descripción del horizonte de expectativas, bien podríamos, como lo hace de Man, ignorar la fuente popperiana y destacar la fuente husserliana, poniendo así el trabajo de Jauss en una perspectiva menos inocente con respecto a los problemas que están en juego.

Dice de Man:

La fuerza del método de Jauss proviene de un refinamiento de las reglas establecidas para la comprensión histórica de la literatura. Su interés ya no se dirige hacia la definición de un canon existente sino hacia la dinámica y el proceso dialéctico de la formación de cánones... Tal crítica del positivismo histórico aunada con una crítica al esencialismo no es nueva en sí misma; pocos historiadores creen todavía que una obra del pasado se puede entender a través de la reconstrucción, con base en la evidencia registrada, del conjunto de convenciones, expectativas y creencias que existieron en el momento de su elaboración. Lo que es diferente y eficaz en la aproximación que sugiere Jauss son las razones que se dan (implícitamente) para esta imposibilidad: la consciencia histórica de un periodo dado nunca puede existir como un conjunto de proposiciones abiertamente enunciadas o registradas. Más bien existe, en la terminología de Jauss, como un horizonte de expectación. El término, que deriva de la fenomenología de la percepción de Husserl en su aplicación a la experiencia de la consciencia, implica que la condición de existencia de una consciencia no está disponible a esta consciencia de

un modo consciente, de la misma manera que, en una percepción, la atención consciente sólo es posible sobre un transfondo, u horizonte, de distracción.⁸

Esta tan demaniana manera de plantear la fuerza del método de Jauss culmina cuestionando la posibilidad de objetivación científica del horizonte de expectación. Comparándolo con el horizonte de distracción de Husserl, de Man concluye: "el 'horizonte de expectación' en relación con una obra de arte nunca está disponible en una forma objetiva o ni siquiera objetivizable, ni para un autor ni para sus contemporáneos o receptores posteriores".⁹

Antes de pasar a especular sobre la moraleja que se pudiera desprender de estas consideraciones veamos el ejemplo de Stanley Fish, el crítico que más ha llamado la atención sobre la lectura en la academia anglo-sajona. Esta atención, como ya dijimos, forma parte o al menos se constituye con el transfondo de una reacción ante la Nueva Crítica, que tanta influencia tuvo y sigue teniendo en la crítica americana. En pocas palabras podríamos decir que la Nueva Crítica, al declarar la autonomía del texto, distinguiendo entre lo que se quiso decir y lo que de hecho se dice, abrió la posibilidad de establecer una diferencia radical entre lo que es un poema y lo que hace, entre el poema y sus efectos. Para algunos críticos no respetar esta distinción pone en cuestión la existencia del poema en tanto que "un objeto específico de juicio crítico". Pero, precisamente la existencia de este objeto específico de juicio crítico es la que Fish relaciona con la lectura, ya que para Fish preguntarse por el significado de las palabras o frases en una obra es básicamente inquirir por su función, por el papel que desempeñan en la obra; para responder a esta pregunta, tenemos que acudir necesariamente a la

⁸ Paul de Man, "Reading and History" en *The Resistance to Theory*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986, p. 58. (De Man refiere al lector a las secciones 27, 28, 44 y 47 de las *Ideas* de Husserl).

⁹ *Ibid.*

lectura, llevar a cabo "un análisis de las respuestas en formación del lector en relación con las palabras conforme se van sucediendo, una a la otra, en el tiempo".

El objeto autónomo estudiado por los nuevos críticos se convierte así en el resultado de una lectura, y esta lectura se convierte en la condición de posibilidad de llevar a cabo un examen crítico, en el sentido fuerte de ser la condición de la posibilidad de la generación de estructuras significativas. Para los críticos que creen que la crítica es independiente de la lectura en este sentido fuerte "el trabajo del lector —afirma Fish— es extraer significados que los patrones formales poseen con antelación e independencia de sus actividades. Desde mi punto de vista —continúa Fish— estas mismas actividades son constitutivas de una estructura de intereses que es necesariamente anterior a cualquier examen de patrones significativos porque es ella misma la ocasión de su surgimiento".¹⁰

Esta posición tiene importantes consecuencias para la práctica crítica pues hace explícito uno de los peligros que se corren cuando se exagera el carácter autónomo del texto. Este peligro consiste en perder el marco de referencia sobre el cual se lleva a cabo la reflexión crítica, los parámetros con los que juzgamos la pertinencia o importancia de las propiedades de un texto. En el caso extremo nuestra decisión de lo que es importante en un texto perdería sentido; mientras que en otros casos —donde contamos con un criterio de decisión—, se puede mostrar que este criterio se deriva de lecturas que usualmente no tienen mucho que ver con el texto en cuestión.

Dice Fish:

Si uno se pone a describir, en ausencia de aquello que marca el campo de la descripción, no hay manera de

¹⁰ Stanley Fish, "What is Stylistics and Why are They Saying Such Terrible Things About It?" en *Approaches to Poetics*, Seymour Chatman (Ed.). New York: Columbia University Press 1973, p. 148. (Citado por Culler en *The Pursuit of Signs*, p. 121).

decidir dónde empezar o dónde terminar porque no hay manera de decidir qué es lo que cuenta. En tal situación o continúa uno al acaso y para siempre (aquí podríamos citar la monumental aridez de los análisis de Jakobson sobre Baudelaire y Shakespeare) o termina uno cuando puede lograr que los datos acumulados se ajusten a una tesis interpretativa precebida.¹¹

Ahora bien, para los efectos de este ejemplo lo que me interesa señalar en la obra de Fish no es tanto la moraleja que se deriva de su trabajo —el objeto literario no es autónomo, sino que depende de una actividad de lectura— sino su carácter sintomático en un doble sentido: por un lado, el cuestionamiento de la teorización y de la incipiente metodología de la Nueva Crítica, por el otro, la ausencia de lo que alguien podría pensar que sería la tarea obligada de Fish: una teoría general de la lectura que diera cuenta de los mecansimos y convenciones que subyacen a la generación de estructuras significativas.

Este tipo de reclamo lo articula Culler de la siguiente manera:

La tarea de la teoría literaria o poética, entonces, es hacer explícitos los procedimientos y convenciones de la lectura, ofrecer una teoría comprensiva de las maneras en que procedemos al darle sentido a varios tipos de textos. Pero aquí la empresa teórica de Fish se desvanece en una forma bastante abrupta; para la pregunta, cómo crea el lector el significado, no tiene una respuesta general que dar. Ya sea que haya vislumbrado las radicales consecuencias de su teoría y se haya asustado ante la perspectiva de un trabajo gigantesco, o si su apego a las tareas tradicionales de la crítica es tan fuerte como para impedirle siquiera considerar la posibilidad de un programa nuevo, sólo

¹¹ *Ibid.*, p. 149.

trae a cuento la cuestión de una teoría general de la lectura una sola vez y acaba anulándola: se asume, nos dice, que el lector informado tiene “la suficiente experiencia como lector para haber internalizado las propiedades del discurso literario, incluyendo todo, desde los dispositivos más locales (formas de hablar, etcétera) hasta géneros completos”. No deja de ser irónico que un hombre que en forma tan imperiosa nos ha impuesto al lector, que ha anunciado una nueva visión de la crítica enfocada en el lector y que ha insistido en que el significado y el valor no yacen en el texto mismo sino en la actividad de la lectura, se voltee ahora y nos diga que no necesitamos investigar lo que esta actividad conlleva. Ciertamente no es irónico, es anticlimático.¹²

He citado el párrafo completo porque me parece que este tipo de reacción puede ser bastante significativa. La obvia exasperación que le causa a Culler la actitud de Fish la podríamos entender mejor recordando que Culler es partidario de una aproximación semiótica al fenómeno literario. Afirma Culler:

La institución de la literatura involucra prácticas interpretativas, técnicas para darles sentido a las obras literarias, que debe ser posible describir. En lugar de tratar de legislar soluciones para los desacuerdos interpretativos, uno podría tratar de analizar las operaciones interpretativas que producen estos desacuerdos, la discordancia que es parte de la actividad literaria de nuestra cultura. Tal programa cae bajo la égida de la semiótica, que busca identificar las convenciones y operaciones por medio de las cuales toda práctica significativa (como lo es la literatura) produce sus efectos observables de significado.¹³

¹² J. Culler, *The Pursuit of Signs*, pp. 125-126. Las líneas de Fish provienen de *Self-Consuming Artifacts: The Experience of Seventeenth Century Literature*. Berkeley: University of California Press, 1972, p. 406.

¹³ *Ibid.*, p. 48.

Por esto es que la actitud de Fish le parece a Culler "batética", que es algo así como pasar de lo sublime a lo ridículo y que claramente tiene la resonancia de patética. Sin embargo, más allá de los juicios de Culler sobre Fish, podríamos volver a la dicotomía que dio lugar a estos ejemplos; decíamos que la reflexión sobre la lectura podría seguir unos lineamientos más o menos de tonalidad semiótica o como una apertura hacia un tipo de consideraciones de un orden distinto. El ejemplo de Jauss nos sirvió para vislumbrar las complejidades y los presupuestos filosóficos que se esconden por debajo del proyecto de describir los horizontes de expectativas de un lector. El ejemplo de Fish, combinado con las observaciones de Culler, creo, nos ha permitido delinear mejor la alternativa que habíamos planteado.

Veamos ahora si podemos fundamentar o al menos relacionar esta dicotomía con otros problemas generales de la reflexión lingüística. Si atendemos a la reflexión sobre el lenguaje en el siglo xx, el siglo que va más o menos de 1870 a 1970, podemos ver que esta reflexión ha estado fuertemente marcada por el extraordinario desarrollo de dos disciplinas, la lógica y la lingüística. El pensamiento de Saussure y la obra de Frege se han convertido en las dos fuentes básicas que han orientado la manera en que concebimos el lenguaje. Esta historia es bastante conocida: el curso de Saussure no sólo revolucionó a la lingüística sino que, reforzado con los trabajos de Jakobson y de los formalistas rusos, dio origen a una metodología que se pensó que podría devolver respetabilidad científica a las llamadas, tal vez sólo por cortesía, ciencias humanas. Levi-Strauss es un ejemplo paradigmático de la aplicación de esta metodología y de los afanes teóricos que representaba. Más recientemente empezaron a aparecer otros proyectos que para marcar su distancia con respecto al estructuralismo se denominaron semióticos.

La obra de Frege, por otro lado, dio lugar a una tradición bastante diferente. Su pensamiento desarrollado básicamente por pensadores anglo-sajones —Russell,

Wittgenstein, los positivistas lógicos, Quine, Davidson y otros— estableció una tradición filosófica que llamamos filosofía analítica.

Si a estas dos corrientes —la estructuralista y la analítica— agregamos la obra de Chomsky y sus seguidores, tendremos un panorama más o menos completo de la ortodoxia contemporánea en cuestiones del lenguaje.

Sin embargo, lo que aquí me interesa señalar —y lamentablemente sólo señalar— son ciertas heterodoxias que tal vez podamos relacionar con la atención que se presta actualmente a la lectura. En primer lugar podemos citar los trabajos de Austin con respecto a los actos de habla. Estos trabajos, podríamos decir, son el inicio de un cuestionamiento de la centralidad de la noción de verdad y de aquellas expresiones que se caracterizan por ser susceptibles de valor de verdad —las proposiciones— en la reflexión sobre el lenguaje. Existen muchas otras expresiones para las cuales no tiene sentido preguntarse si son verdaderas o falsas; las preguntas, por ejemplo. Esto de por sí no es nuevo; si a alguien se le hubiese ocurrido preguntar por la notoria preferencia de la mayoría de los teóricos del lenguaje por las oraciones en presente de indicativo, en desdoro de otros modos tan interesantes como el subjuntivo o el interrogativo, se le habría contestado, y en general se le sigue contestando, que el análisis de estos modos depende del análisis del modo indicativo. Seguir preguntando sobre el origen de esta prioridad era tanto como pasar de la curiosidad a la necesidad.

Lo interesante y finalmente subversivo de Austin es que no se interna en este camino sino que toma como punto de partida un tipo de expresiones que, además de no ser susceptibles de valor de verdad, están indisoluble y paradigmáticamente relacionados con un acto; el ejemplo típico es la expresión "te prometo que..." cuya formulación misma conlleva una promesa, es un acto de prometer. De aquí, como se sabe, la reflexión sobre los actos de habla, la reflexión acerca no sólo de lo que decimos, sino de lo que hacemos con el lenguaje.

Grice es otro ejemplo de heterodoxia; en sus conferencias acerca de "lógica y conversación" señaló el carácter limitado y estrecho de la lógica para dar cuenta de las inferencias que llevamos a cabo en un intercambio conversacional. Puesto que estas inferencias no son propiamente lógicas, esto es, no se pueden reducir a un aparato formal, la sugerencia de Grice es que las llamemos "implicaturas" y empecemos a estudiar los mecanismos a través de los cuales las llevamos a cabo.

Estos ejemplos se podrían multiplicar pero dados los límites de este trabajo sólo voy a mencionar otro caso que aun cuando no es de un heterodoxo si conlleva cierta heterodoxia. En un artículo titulado "Acerca de la comunicación sistemáticamente distorsionada", Habermas, que intenta delinear una teoría de la competencia comunicativa, señala que algunos de los requerimientos de esta teoría "se encontrarán no en un análisis de la competencia lingüística de un hablante nativo, sino en una distorsión sistemática de la comunicación del tipo de la que postula la teoría psicoanalítica".¹⁴ Qué tan ortodoxo o heterodoxo consideramos el proyecto de Habermas dependerá del acento que pongamos en la caracterización de la distorsión como "sistemática" o como "psicoanalítica".

He traído a cuento estos ejemplos porque creo que en ellos se apunta con cierta claridad hacia la insuficiencia de una aproximación lógico-gramatical o estructural a ciertos aspectos del lenguaje y, consecuentemente, podrían tener que ver con el tipo de aproximación que consideremos más adecuado para dar cuenta del acto de lectura. Y del lenguaje en general también, ya que, me parece, es este contexto general de un cuestionamiento del modelo lógico-gramatical el que ha propiciado la atención sobre la pragmática, la retórica, los actos de habla, el psicoanálisis, la lectura, la presuposición, la hermenéutica, etcétera.

¹⁴ Jurgen Habermas, "On Systematically Distorted Communication". *Inquiry*, 13, p. 205.

Sin embargo, una cosa es reconocer ciertas limitaciones de la ortodoxia y guiñarle un ojo a la heterodoxia y otra es asumir las consecuencias cabales de estos desvíos. Esta dificultad es patente en la manera en que se han recibido las investigaciones de Austin. De una parte los actos de habla se han visto como un fenómeno lingüístico susceptible de ser reglado o, si se quiere, susceptible de ser gramaticalizado. Richard Ohman, por ejemplo, afirma: "Las reglas de los actos ilocucionarios determinan si la realización de un acto dado está bien efectuada, exactamente de la misma manera que las reglas gramaticales determinan si el producto de un acto locucionario —una oración— está bien formada... Pero mientras que hay reglas de la gramática que tienen que ver con las relaciones entre el sonido, la sintaxis y el significado, las reglas de los actos ilocucionarios tienen que ver con relaciones entre personas".¹⁵

Por otra parte, hay críticos que piensan que las relaciones entre personas y, especialmente, los actos de habla, rebasan con mucho el ámbito de la gramática. Considérese, por ejemplo, el punto de vista de Shoshama Felman:

Tanto el psicoanálisis como la teoría performativa tienen de hecho como su objeto el *repensar* el acto humano. "El hombre es un animal político", dijo Aristóteles, ya definiendo al hombre por la especificidad misma de sus *actos*. Pero fue Nietzsche, al caracterizar al hombre no como un "animal político" sino como un *animal que promete* (lo que, desde luego, no deja de tener relación con el "animal político") quien definió lo que es humano de una manera más específica, no por sus actos sino por sus *actos de habla*; y no simplemente por los actos de habla, sino por la naturaleza esencialmente paradójica y proble-

¹⁵ Richard Ohman, "Speech, Literature and the Space Between". *New Literary History*, otoño de 1972, p. 50. (Citado por Paul de Man en *Alegories of Reading: Figural Language in Rousseau, Nietzsche, Rilke and Proust*. New Haven: Yale University Press, 1979, p. 8.

mática y de los actos de habla... Podríamos decir que el psicoanálisis y el análisis performativo, en tanto que teorías modernas, repiensen, cada una a su manera propia, lo que implica el pasaje de Aristóteles a Nietzsche.¹⁶

Estas dos posiciones, tan opuestas, con respecto a los actos de habla, son un trasfondo privilegiado para considerar las diferencias entre la lectura, porque en general se piensa que la lectura es un acto. Sin embargo, precisamente una de las enseñanzas que podríamos derivar de estas diferencias es que no tenemos ninguna garantía de que los actos de lectura sean homologables a los actos de habla.

¿Quiere esto decir que la lectura está lejos de tener un parámetro de referencia teórico en el que inscribirse? En un sentido sí, en otro no. Como hemos visto abundan las reflexiones que de una u otra manera tratan de dar cuenta de este extraordinario fenómeno y de inscribirlo en algún proyecto teórico; en este sentido podemos ser optimistas y esperar que la competencia literaria encuentre algún día su Chomsky.

Por otro lado, tenemos que tener en cuenta la posibilidad de que la reflexión sobre la lectura traiga consigo un cuestionamiento de la noción misma de un marco teórico de referencia. Tenemos que considerar la posibilidad de que la lectura esté preñada de una ignorancia tan básica que ponga en cuestión nuestro conocimiento. Después de todo, como decía Valery, "la ignorancia es una riqueza demasiado grande como para ignorarla".

Y si, como cuenta Borges, "Al sajón y al escandinavo los maravillaron tanto las letras que les dieron el nombre de runas, es decir de misterios, de cuchicheos", hoy, más que nunca, las letras parecen cuchichear, rumorear algo que tal vez nunca sepamos que es.

¹⁶ Shoshana Felman, *The Literary Speech Act: Don Juan with J. L. Austin, or Seduction in Two Languages*. Catherine Porter (trad.). Ithaca, New York: Cornell University Press, 1983, pp. 92-93.